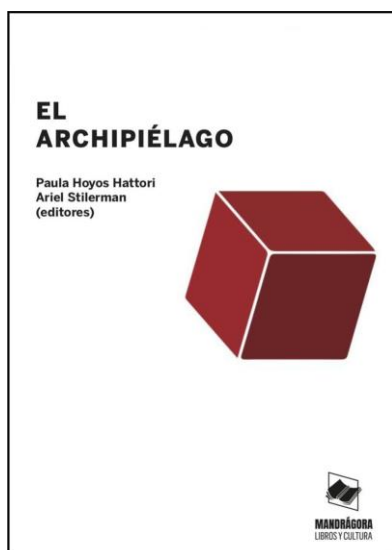

SOBRE *EL ARCHIPIÉLAGO. ENSAYOS PARA UNA HISTORIA CULTURAL DE JAPÓN*, DE PAULA HOYOS HATTORI Y ARIEL STILERMAN (EDS.)

Facundo Ruiz
Universidad de Buenos Aires
Conicet
nofacundos@gmail.com



∞

El archipiélago. Ensayos para una historia cultural de Japón, de Paula Hoyos Hattori y Ariel Stilerman (eds.); Buenos Aires: Lomo, 2018; 144 pp.; ISBN: 978-987-42-9318-3.

El ejemplo de Japón está en todos los labios. Y para que no perdiera el rojo que casi lo subrayaba, delineando el comentario, el insoslayable Pedro Henríquez Ureña al decir eso pensaba, como siempre, en nuestra América: el Japón como nuestra América eran zonas histórico-culturales similares pues, en la occidentalización que sufrían con más o menos voluntad o empeño, debían ser capaces de hallar y sostener su diferencia. El espíritu romántico de la observación no obsta que en el conjunto de desigualdades, en el conjuro de distancias, el dominicano encontrara en esa (otra) isla que se repite algo que también señalan los editores de *El archipiélago*, esto es, un “espacio de



reflexión”, una trama donde evidenciar y reivindicar como construcción histórica, en permanente movimiento, la supuesta unicidad (“lo japonés”) de un conjunto más o menos estable de elementos distintos, sea la ética del *bushido* o el teatro *kabuki*, el *Genji monogatari* o el “jardín japonés”, el *anime* o los avatares coloniales de una lengua-potencia.

Surgido del Coloquio Japón Interculturas realizado en la Universidad de La Plata en 2014 y del anhelo de los organizadores de “fomentar los estudios académicos sobre Japón en Argentina”, el libro reúne ocho ensayos¹ que –afirman Paula Hoyos Hattori y Ariel Stilerman en la presentación– no solo critican “esa idea de la cultura japonesa como bloque monolítico” sino que “proponen entender el archipiélago de múltiples ‘japones’ como la intersección de tres movimientos fundamentales: las búsquedas en y a través del lenguaje, la construcción de la espacialidad, la exploración de lo lúdico y de los placeres estéticos”. Si bien de diversa relevancia o precisión crítica, los ensayos cumplen con la propuesta de trazar recorridos o presentar entradas que alienten, problematicen o acrecienten las reflexiones sobre un espacio cultural y literario que todavía hoy es para América, si bien distinto del que refería Ureña (muerto al año siguiente de las bombas de Hiroshima y Nagasaki) pero también del que proponía una década más tarde Octavio Paz en la revista *Sur*, vale decir, ni el Japón latinoamericano de la modernización-nacionalización de entresiglos ni el Japón europeo de la vanguardia consagrada, un vínculo privilegiado para reconfigurar redes e historias diversas, así como nuevos mapas en los cuales, por ejemplo, el Pacífico y no el Atlántico se constituya como vía regia o donde la literatura filipina y las tempranas crónicas de Mendes Pinto (*Historia oriental de las peregrinaciones*) o de González de Mendoza (*Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del reino de la China*) se vuelvan hitos ineludibles.

De carácter más descriptivo, críticamente menos logrados pero con referencias precisas, citas bilingües e información abundante y amena, algunos de los ensayos se dedican a dar cuenta, a explorar tentativamente aspectos, obras o procesos diversos, como la cultura del *omikujji* (tiras de papel que, en los santuarios sintoístas o en los templos budistas, anuncian la fortuna), la colección de poemas clásicos *Hyakunin isshu* (*Cien poetas, un poema cada uno*) del siglo XIII, la tradición ultramarina del “jardín japonés”, con su ejemplo porteño, o las autofiguras del artista en las primeras ficciones de Tanizaki Jun’ichirō. Aunque en el marco de los desarrollados estudios coloniales americanos el ensayo sobre la impronta imperial de la lengua japonesa en la relación y circulación literaria entre Japón, Taiwán y Corea puede resultar por momentos ilustrativo, no así el vínculo que establece entre izquierda, lengua oficial o nacional (*kokugo*) y lengua japonesa (*nihongo*), campo intelectual (revistas, premios, valores estilísticos) y sujetos periféricos desiguales (el trabajador rural, el súbdito colonial), vínculo que no sólo permite a Christina Yi exponer un problema crítico sensible, como es la diferencia entre revolución universal e independencias anticoloniales, sino entablar un sugerente diálogo con el exhaustivo ensayo de Suzuki Tomi que aborda la formación moderna de un idioma nacional japonés en su estrecha tensión histórica con cuestiones de género y movimientos literarios. La históricamente simultánea e intrincada definición

¹ “Poesía y naturaleza en Japón”, por Shirane Haruo (21-46); “La cultura japonesa del *omikujji*”, por Hirano Tae (47-56); “La cultura del *Hyakunin isshu*”, por Yoshino Tomomi (57-68); “Género, idioma nacional y literatura en el Japón moderno”, por Suzuki Tomi (69-88); “El género *shaseibun* entre la novela y la poesía tradicional”, por Daniel Poch (89-98); “Teatralidad y autoinvención en la ficción de juventud de Tanizaki Jun’ichirō”, por Pau Pitarch (99-112); “La literatura de colonias bajo el imperio japonés”, por Christina Yi (113-28); “Cuando la cultura japonesa cruza los mares”, por Cecilia Onaha (129-42); a lo que se suman “Agradecimientos” (9-10), “Presentación” (11-20) y un anexo, “Etapas históricas de Japón” (143-4).

de un idioma “japonés” y una lengua “literaria” de Japón, que hacen incluso necesaria la creación de nociones para referirse al valor del arte (*bijutsu*) o al concepto occidental del amor entre un hombre y una mujer (*airen*) y la adopción de un antiguo término confuciano (*bungaku*) para traducir “literatura” (en sentido occidental), apenas ilustran el muy amplio conjunto de problemas que teje el ensayo de Tomi, donde la mera incorporación de la novela como género implicó no sólo la discusión sobre el concepto de ficción sino la invención de un idioma para su traducción, la reclasificación disciplinar de la literatura en las universidades y la aparición activa de las mujeres y “lo femenino” en el campo cultural. También muy minucioso y sugerente, el ensayo que abre el volumen rastrea cómo, desde el temprano período clásico, la asociación de “armonía con la naturaleza” y “carácter nacional” ha signado la literatura japonesa, no sólo contra toda prueba empírica, desatendiendo tifones, heladas y una humedad intensa y prolongada sino, y fundamentalmente, a través de dos modelos: el metropolitano y aristocrático, diseñado —dice Shirane— para producir una sensación de fresco, y el “paradigma *satoyama*”, propio de los pueblos al pie de la montaña, donde la presencia de lo divino recrea una naturaleza a la vez temida y adorada.

La presencia continua, evidente y orbital de la poesía a lo largo del libro da al ensayo de Daniel Poch un valor singular. Organizado en torno de un género de prosa (*shaseibun*) cuyo formato deriva del *haiku* y subraya su afinidad con la pintura, su estudio enfatiza notablemente el vínculo complejo, permanente y distinto entre poesía y prosa en Japón y, por esta vía, cómo la absoluta centralidad literaria de la primera es, al mismo tiempo, una centralidad conceptual y práctica impensable en términos occidentales o —por ejemplo— aristotélicos, como si esa tradicional y cuestionada, pero aún activa, distinción entre poesía e historia de la *Poética* no tuviera mayor sentido, o una historia crítica desigual, en y para la literatura japonesa. Notable en el clásico *Genji monogatari* pero también en prosas menores como *Sarashina nikki* y, como ejemplifica Poch, todavía fundamental diez siglos después en *Kusamakura* (1906) de Sōseki Natsume, el enlace y las distinciones variopintas de poesía y novela, poesía y ficción, historia y poesía abre no sólo un espectro de ideas literarias sugerentes en su tangible e histórica diferencia sino —vía los *Comentarios reales* del Inca, la gauchesca, *O guesa* de Sousândrade o *Paterson* de Williams, entre muchos otros— la brecha por donde conectar o repensar las relaciones entre esta pelágica literatura oriental y la de nuestra América.

De muy precisa factura, generoso con el lector, introductorio y panorámico sin dejar de señalar puntos críticos y recorridos posibles, quizá no sea su menor mérito el que, mientras la ultraderecha y su Generación Identidad encuentran en Japón el único modelo de nación encomiable por solucionar el problema del envejecimiento sin abrir tanto las fronteras ni multiculturalizarse demasiado, *El archipiélago* venga exactamente a cuestionar eso: la noción de frontera cultural, la necesidad de una historia descentrada, la antigua y porosa actualidad de Japón.